

EMMANUEL CARBALLO, et al. *Escritores en la diplomacia mexicana*. México: Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998.

MALVA FLORES

MUCHOS de los que, de un modo u otro, estamos relacionados con la creación literaria, alguna vez hemos imaginado cómo serían nuestras vidas si, gracias a un golpe de la ventura o debido a nuestro trabajo, de pronto nos viéramos inmersos en la diplomacia y, por tanto, nos encontraríamos en el país de nuestra elección, realizando labores amables y bien remuneradas, rodeados del *glamour* que estas imágenes idílicas convocan siempre. Aunado a ello, y mientras el ensueño prosigue, estaríamos, también, en el mejor de los estados posibles para sentarnos a escribir y, gracias a la perspectiva que la relación con otras culturas nos hubiera provisto, realizar así una obra valiosa y emular, o intentarlo, las trayectorias de los grandes escritores que han ocupado cargos en el servicio exterior de sus respectivos países. Otro aspecto resulta seductor: la cercanía con el poder.

Sin embargo, la visión del mundo diplomático y su relación con los escritores pierde el edulcorado matiz que le hemos otorgado cuando leemos en las páginas de *Escritores en la diplomacia mexicana* la serie de avatares sufridos por algunos de nuestros hombres de letras en el servicio exterior. Así por ejemplo, y al leer las cartas que Octavio Paz enviaba desde Japón a Alfonso Reyes, nos sorprendemos al imaginarlo falto del dinero para subsistir, hacinado junto con su familia en un cuarto de hotel en Japón, rogando la intervención de Reyes para que sus superiores consideren un aumento en su magro sueldo o una transferencia a un sitio más amable. Escribió Paz:

¿podría hablar con Tello y explicarle que no me alcanza el sueldo? Ahora me defiende con la famosa Encargaduría, pero cuando llegue Maples Arce, y llega dentro de veinte días, sencillamente no podré vivir. El ascenso, que creo merecer, sobre todo cuando veo a tanto imbécil que hace fortuna, no llega. ¿Tienen algo contra mí en Relacio-

nes? Le aseguro que soy un buen empleado... Ni siquiera aprovechan mis servicios... En la India pude ser un buen encargado de negocios. Me cambiaron sólo para que me enfrentara a problemas sin solución —búsqueda de casa, etc.— ya que para resolver esos problemas hacen falta dos cosas: dinero y poder [legal] para cumplir los tratos... Ahora se me ocurre que, si no pueden ascenderme, o elevar el sueldo en consonancia con la carestía, me cambien adonde acaso pueda ser más útil, Buenos Aires, por ejemplo... Perdone este largo y aburrido desahogo. Estoy seguro de que cuento con su amistad y con su influencia cerca de Tello... (327).

Por su parte, podemos intuir la desazón que acompañó a Efrén Rebollo durante su vida diplomática al ser trasladado, en innumerables ocasiones, para hacerse cargo, nunca en un primer nivel, de los asuntos de las diversas embajadas a donde fue asignado. O el sufrimiento de Amado Nervo, quizá el escritor mexicano cuya vida diplomática se acerca más a nuestro imaginario, agobiado al mantener en secreto la presencia de Ana Cecilia Dailliez. Al respecto, son elocuentes las palabras del poeta en el prólogo de *La amada inmóvil*: "Aparentemente yo vivía solo, y muy raro debió ser el amigo cuya perspicacia adivinara, al visitarme, que allí, a dos pasos de él, latía por mí, por mí solo, el corazón más noble, más desinteresado y más afectuoso de la tierra" (54).

Así, *Escritores en la diplomacia mexicana* es, sin duda, un libro importante no sólo porque nos permite atisbar el mundo real de la diplomacia (sus rigores, pequeñas mezquindades o triunfos), sino porque recoge la memoria de un aspecto fundamental en la vida y obra de varios de los escritores mexicanos que se dedicaron al servicio exterior: Federico Gamboa, Amado Nervo, José Juan Tablada, Enrique González Martínez, Efrén Rebollo, Genaro Estrada, Octavio G. Barrera, Alfonso Reyes, Manuel Maples Arce, José Gorostiza, Jaime Torres Bodet y Octavio Paz, cuyas semblanzas fueron realizadas, respectivamente, por Emmanuel Carballo, Gustavo Jiménez Aguirre, Jorge Ruedas de la Serna, Esther Martínez Luna, Benjamín Rocha, Héctor Perea, Lourdes Franco, Javier Garcíadiego, Vicente Quirarte, Jesús Flores Olague, Fernando Curiel Defossé y Guillermo Sheridan.

Y aquí vale la pena hacer una reflexión. Particularmente en este siglo que termina —el siglo de las ideologías por caracterizarlo de algún modo—, se ha hecho énfasis en las relaciones que guardan los intelectuales con el poder, en los motivos de dicha relación y en sus consecuencias para la vida cultural y política del país. Como crítico o como adepto, marcando una “sana distancia” o inmiscuyéndose de lleno en la política, el intelectual mexicano, pero particularmente los escritores, pocas veces han quedado al margen de las discusiones en torno al poder y de las “canongías” o desavenencias que de esta relación se han suscitado. Lo cierto es que, independientemente de la incidencia real, en las decisiones de política interna del país, que esta añeja relación ha procurado, su existencia sí ha modificado el curso cultural de nuestra República de las Letras.

La relación de los intelectuales mexicanos con el poder se ha dado, en gran medida, a través del servicio público, y, particularmente, del servicio diplomático. En este sentido, la lista de escritores que han ayudado a trazar el rumbo de la política exterior de México durante las distintas etapas de nuestra vida independiente han sido muchos (amén de los incluidos en este volumen, recuerdo también a Victoriano Salado Álvarez, Gilberto Owen, Rosario Castellanos, Jaime García Terrés, Hugo Gutiérrez Vega, Carlos Fuentes y José María Pérez Gay).

En la obra que hoy nos ocupa conocemos, a través del estudio de los documentos que se encuentran en el Archivo Histórico Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores —el cual fue abierto a los investigadores para que realizaran sus semblanzas—, parte de la injerencia real y oficial de nuestros escritores en el decidido interés por fomentar el diálogo cultural entre las distintas naciones y nuestro país, pero también, su empeño por “construir y defender la soberanía del país” (11), en palabras de Rosario Green, Secretaria de Relaciones Exteriores, quien presenta el volumen. Así, y visto por períodos, resulta interesante constatar las coincidencias (y también diferencias) que al respecto han observado los diplomáticos durante el porfiriato, la Revolución Armada y el México posrevolucionario, circunstancia que se delinea claramente en el transcurso del libro.

Ahora bien, en este punto vale recordar la diferencia señalada por Zaid entre intelectuales y simples escritores. Según Zaid, «intelectual es el escritor, artista o científico que opina en cosas de interés público con autoridad moral entre las elites» (21). Aceptando esta definición, debemos entender por intelectual sólo a aquel escritor que opina sobre asuntos de interés público y, asimismo, sus comentarios afectan a la esfera de la opinión pública, nacional o internacional. En este orden, un escritor cuyas páginas y opiniones no están dirigidas a la opinión pública no será, en sentido estricto, un intelectual.

No obstante, Zaid advierte también que:

No son intelectuales:

- a) Los que no intervienen en la vida pública.
- b) Los que adoptan la perspectiva de un interés particular.
- c) Los que opinan por cuenta de terceros.
- d) Los que opinan sujetos a una verdad oficial (política, administrativa, académica, religiosa).
- e) Los que son escuchados por su autoridad religiosa o por su capacidad de imponerse por vía armada, política, administrativa, económica.
- f) Los taxistas, peluqueros y otros que hacen lo mismo que los intelectuales, pero sin el respeto de las elites.
- g) Los miembros de las elites que quisieran ser vistos como intelectuales, pero no consiguen el micrófono o (cuando lo consiguen) no interesan al público.
- h) Los que ganan la atención de un público tan amplio, que resulta ofensivo para las elites (21).

¿Cómo entender, a la luz de estas definiciones, al escritor que forma parte del servicio diplomático? ¿Es o no un intelectual? Si bien el caso de Reyes —a cuya obra literaria y extenuante labor en servicio del intercambio cultural, se suma la trayectoria de su encomienda diplomática (actividades que, en su caso, difícilmente pueden pensarse separadas)— resulta ejemplar, no podríamos, por el hecho de que sus opiniones, en muchos

casos, estuvieron sujetas a una verdad oficial, calificarlo como un “no intelectual”. Así también, habría que pensar la posibilidad de ver a alguien —como, por ejemplo, José Gorostiza— desde la perspectiva antes definida, esto es, como un escritor que no tenía opiniones públicas pero sí, en cambio, a través de sus ideas y escritos —no literarios, claro— contribuyó a la política exterior mexicana. Es decir, se trata de un escritor cuyo trabajo afectó a la esfera de la política y la opinión públicas.

El problema de la “clasificación de los intelectuales” es realmente amplio. No obstante, podríamos pensar que, sumada a la visión que propone Zaid (y que, en términos generales corresponde a la idea del intelectual “independiente”, tradicional) habría que acoger también, al menos en sus principios fundacionales, la del intelectual “orgánico” señalada por Gramsci, que se basaría en lo siguiente:

Todo grupo social —éste es el punto de partida del análisis histórico gramsciano—, al nacer sobre el terreno originario de una función esencial en el mundo de la producción económica, crea, a la vez, orgánicamente uno o más estamentos de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de la propia función. Gramsci no ignora que los intelectuales tradicionales se consideran “autónomos e independientes”, pero también sabe que la tarea del historiador y del sociólogo marxista es mostrar que no lo son. Los intelectuales son siempre los “empleados del grupo dominante para el ejercicio de las funciones subalternas de la hegemonía social y del gobierno político (Bobbio 126).

Desde mi punto de vista, tanto Gorostiza como Paz son intelectuales (llámeseles “orgánicos” o “independientes”), sólo que el primero permaneció siempre en el servicio diplomático, como también es el caso de Nervo, Estrada y otros más; y el segundo, por su parte y una vez aceptada su renuncia al cargo de embajador en la India, inició una labor opuesta al *servicio público*: la *discusión pública* de asuntos de interés común para los mexicanos. Por esta vía, Octavio Paz se convirtió en nuestro intelectual por antonomasia y marcó un hito en las relaciones entre intelectuales y poder en nuestro país (quizá porque el resto correspondería más a la visión del “intelectual orgánico” antes descrita).

Resulta difícil aventurar una hipótesis, pero lo cierto es que, después de la renuncia de Paz, el número de escritores que han colaborado en el servicio exterior, como embajadores, ha disminuido. Es evidente que, en las últimas décadas, la percepción que el gobierno ha tenido sobre los funcionarios públicos cambió a favor del advenimiento de nuevos funcionarios con perfiles más técnicos que políticos o culturales. Aunado a ello, las embajadas, en muchos casos, han servido como sitio inmejorable para enviar a antiguos colaboradores del gobierno (presidentes, gobernadores, etcétera), si bien los encargados de los asuntos culturales han seguido siendo, en su mayoría, escritores.

No obstante, resulta significativo que esta situación coincidiera con el papel que jugó Paz, como embajador, pero sobre todo como intelectual, durante el conflicto del 68, y sus posteriores consecuencias para el ámbito cultural mexicano.

*Escritores en la diplomacia mexicana* nos permite, pues, observar de cerca la trayectoria de las ideas de nuestros intelectuales con respecto al papel de México en el exterior y, así mismo, entender —más allá de los irs y venires de nuestra política—, lo que se ha venido llamando la tradición de la política exterior mexicana (claramente fundida en la ya mencionada doctrina Estrada), pero también la injerencia que tuvieron algunos de nuestros escritores diplomáticos en la vida interna del país.

Al mismo tiempo, la obra que nos ocupa tiene singular relevancia si atendemos a nuestra propia tradición literaria. Por sus páginas y por la vida de los escritores que las ilustran, pasan gran parte de las más importantes revistas literarias del país (*Revista Moderna*, *Contemporáneos*, *San-ev-ank*, *Letras de México*, *El Hijo Pródigo*, etcétera) y, también, las demarcaciones espirituales y geográficas que hicieron posible la escritura de muchas de las mejores obras literarias mexicanas de este siglo. Algo curioso y que valdría la pena estudiar a profundidad es el hecho de que la gran mayoría de los hombres de letras aquí incluidos fueron poetas. Y digo curioso porque, a partir de Paz y considerando a los escritores diplomáticos no incluidos en esta selección, la elección ya no ha recaído, con tal asiduidad, en los poetas.

Por otro lado, no puedo dejar de mencionar la calidad editorial de la obra, la importante investigación iconográfica que comprende (realizada tanto en México como en el extranjero), la belleza y el cuidado de la edición (si bien habría que señalar que el retrato inicial de Manuel Maples Arce corresponde en realidad a Manuel Toussaint).

Con respecto a la calidad de las semblanzas creo que, en general, son de muy buena factura aunque, en el caso de Federico Gamboa, por ejemplo, tal vez el exceso de citas impidió ver más clara y amablemente el perfil del Gamboa diplomático y en el de Gorostiza, a mi juicio la menos lograda, hizo falta un estudio más profundo tanto del personaje como de su trabajo diplomático y literario.

#### BIBLIOGRAFÍA

BOBBIO, Norberto. *La duda y la elección: intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*. Barcelona: Paidós, 1998.

ZAID, Gabriel. "Intelectuales". En *Vuelta*, núm. 168, noviembre de 1990.